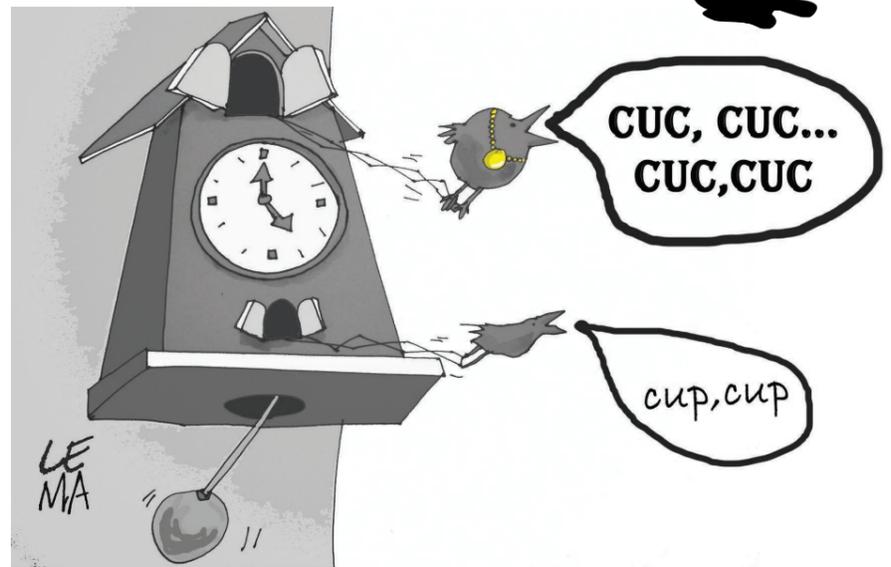
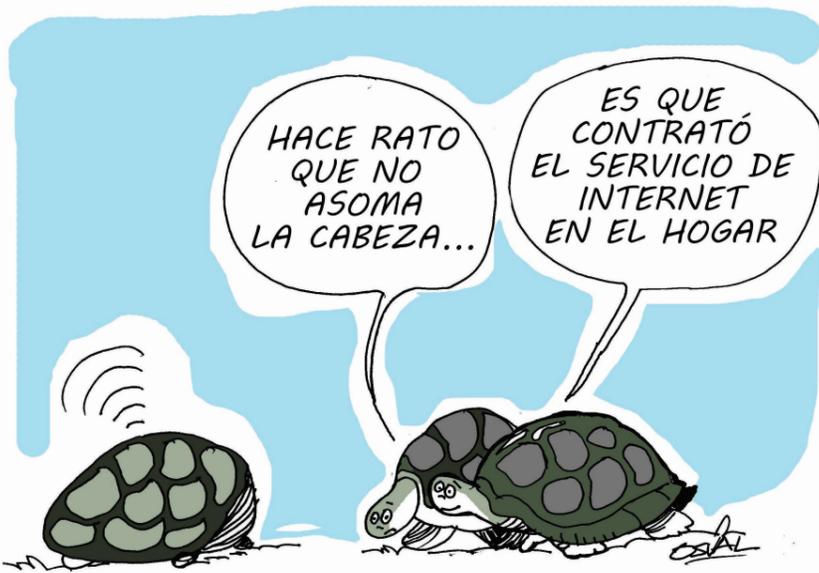
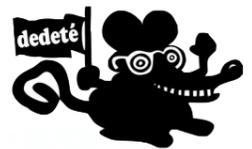


# dedeté

contacto@dedete.cu

www.dedete.cu



por JAPE

APENAS comienzan las primeras brisas frías de enero y mi amigo Floro comenta en su más reciente carta: «Estimado Jape, hace unos días nos estábamos quejando del calor y evocando con todas las fuerzas del corazón alguna baja temperatura que refrescara el ambiente y ahora muchos claman por los rayos del sol, mientras tiritan improprios contra el frío. Eso mismo pasa con el pescado. Los menos jóvenes recuerdan cómo nos quejábamos del menú de cada día: “¡Hasta cuándo la merluza!”, y ahora somos capaces de pagar altos precios por este plato en una paladar.

«El frío y el pescado me hacen recordar un viejo cuento popular: Un hombre le estaba siendo infiel a su esposa y para ver a su amante tenía montada una infalible coartada. Tomaba la vara y los atavíos de pesca y anunciaba que iba a pescar. Luego de disfrutar unas horas con la otra (como suele decirse) pasaba por el Malecón, compraba parte del “ensarte” a los pescadores y regresaba triunfal, con el “producto” de su “cacería” en ristre. En una ocasión en que demoró más de lo acostumbrado en compañía de su querida, al llegar al muro costero no quedaba ningún pescador y por ende ningún pez fuera del agua. Luego de mucho pensar tuvo una gran idea: compró varias libras de pescado congelado en una pescadería cercana a su hogar y

## ¡El pito se congeló!

nuevamente llegó a casa contento y triunfal. Esta vez su esposa no se “tragó” el pescado. Con cara de pocos amigos, tras largas horas de espera, le reprochó en el tono más irónico y conflictivo que se haya escuchado: “¡Al parecer, por el tiempo que te has demorado y las condiciones en que está ese pescado, fuiste a pescar al Polo Norte!”».

Estimado Floro, por el contenido de tu historia (el pescado) es evidente que ocurrió hace muchos años. También de hace muchos años, cuando los carnavales eran en diciembre o enero (no recuerdo bien), y hacía frío en esos meses, es esta anécdota que me traen a la memoria los vientos fríos de comienzo de año.

Los carnavales habaneros se distinguían por sus vistosas carrozas, el largo paseo por el litoral, el concurrido graderío de metal y madera con ofertas de comida y bebida a módicos precios, la imponente tribuna donde sesionaba el jurado y, por supuesto, las contagiosas comparsas, además de los muñecones y otras múltiples variedades.

Cada barrio, empresa y municipio, se preparaba para la cerrada competencia y obtener el premio al mejor espectáculo. Una comparsa, de loable trayectoria, y cuyo nombre me reservo para no herir

susceptibilidades, tenía preparada una coreografía que, sin dudas, sería galardonada. A la noche de presentación le antecedieron incontables días de ensayo. El maestro coreógrafo, al que cariñosamente llamaban «Papi», había hecho sonar su silbato miles de veces marcado los tiempos de cada paso, de cada movimiento.

El frío que hizo aquella esperada y decisiva noche les jugó una mala pasada. Todo comenzó bien, pero a medida que se acercaban a la tribuna, el sonido del silbato orientador se hacía más imperceptible y por ende comenzó a cundir el pánico entre los músicos y los bailarines. La pregunta colectiva, de boca en boca, llegó hasta el maestro director: ¡Ay Papi!, ¿qué te pasó? El hombre, angustiado, contestó con pena: ¡El pito se congeló! La respuesta, con efecto de bumerán, corrió nuevamente de voz en voz por toda la compañía danzaria, que por un momento pensó que era un estribillo y así fue tomando forma: ¡Ay Papi!, ¿qué te pasó? ¡El pito se congeló! ¡Ay Papi!, ¿qué te pasó? ¡El pito se congeló!

Marcando el tema y moviendo contagiosamente la cintura, pasaron ante los ojos del jurado y la enardecida concurrencia que también coreaba: ¡Ay Papi!, ¿qué te pasó? ¡el pito se congeló! No recuerdo si ganaron premio alguno, pero salvaron la honrilla en aquel frío carnaval.

COCODRILO, CABALLO, LEÓN, LEÑADORES... ¡YA SE ARMÓ LA CACERÍA!